

“La Iglesia Católica”

Los primeros cristianos

Los primeros años del cristianismo no pudieron comenzar con más dificultades exteriores. Desde el primer momento sufrió una fuerte persecución por parte del judaísmo. Sin embargo, en poco menos de veinte años desde la muerte de Jesús, el cristianismo había arraigado y contaba con comunidades en ciudades tan importantes como Atenas, Corinto, Éfeso, Colosas, Tesalónica, Filipos, y en la misma capital del imperio Roma.

Desde luego, no podía atribuirse ese avance a la simpatía del imperio romano. En realidad, el cristianismo era para los gentiles incluso más molesto en sus pretensiones, sus valores y su conducta que para los judíos. No sólo eliminaba las barreras étnicas entonces tan marcadas, sino que, además, daba una acogida extraordinaria a la mujer, se preocupaba por aquellos por los que el imperio no sentía la menor preocupación.

-¿No es exagerar un poco?

El imperio romano tuvo aportaciones extraordinarias, indudablemente, pero también es cierto –te contesto glosando ideas de César Vidal- que no puede idealizarse el hecho de que el imperio era una firme encarnación del poder de los hombres sobre las mujeres, de los libres sobre los esclavos, de los romanos sobre los otros pueblos, de los fuertes sobre los débiles. No debe extrañarnos que Nietzsche lo considerara un paradigma de su filosofía del “superhombre”, porque efectivamente así era.

Frente a ese imperio, el cristianismo predicaba a un Dios ante el cual resultaba imposible mantener la discriminación que oprimía a las mujeres, el culto a la violencia que se manifestaba en los combates de gladiadores, la práctica del aborto o el infanticidio, la justificación de la infidelidad masculina y la deslealtad conyugal, el abandono de los desamparados, etc.

A lo largo de tres siglos, el imperio desencadenó sobre los cristianos persecuciones que cada vez fueron más violentas. Sin embargo, no sólo no

lograron su objetivo de exterminar a la nueva fe, sino que al final se impuso el cristianismo, que predicaba un amor que jamás habría nacido en el seno del paganismo (el mismo Juliano el Apóstata lo reconoció), y que proporcionaba dignidad y sentido de la vida incluso a aquellos a los que nadie estaba dispuesto a otorgar un mínimo de respeto.

Ante las invasiones bárbaras

Cuando en el año 476 cayó el imperio romano de Occidente, el cristianismo preservó la cultura clásica, especialmente a través de los monasterios, que salvaguardaron eficazmente los valores cristianos en medio de un mundo que con las invasiones bárbara se habría colapsado por completo. Se cultivó el arte, se alentó la práctica de la caridad, y al esfuerzo misionero se vinculó la asimilación y culturización de los pueblos invasores, que a medio plazo sucedió el imperio romano.

En los siglos siguientes, el cristianismo fue decisivo para preservar la cultura, para la popularización de la educación, la promulgación de leyes sociales o la articulación del principio de legitimidad política. Sin embargo, fueron creaciones que de nuevo se desplomaron ante las sucesivas invasiones de otros pueblos, como los vikingos y los magiares. En poco tiempo, gran parte de los logros de siglos anteriores desaparecieron convertidos en humo y cenizas. Una vez más, sin embargo, el cristianismo mostró su vigor, y cuando los enemigos de los pueblos cristianos eran más fuertes, cuando no necesitaban pactar y podían imponer por la fuerza su voluntad, acabaron aceptando la enorme fuerza espiritual del cristianismo y lo asimilaron en sus territorios. Al llegar el año 1000, el cristianismo se extendía desde las Islas Británicas hasta el Volga.

LUCES Y SOMBRAS

Las sociedades nacidas de aquella aceptación del cristianismo no llegaron a asimilar todos los principios de la nueva fe. De hecho, en buena medida eran nuevos reinos sustentados sobre la violencia necesaria para la conquista o para la simple defensa frente a las invasiones. Sin embargo, el cristianismo ejerció sobre ellos una influencia fecunda, que volvió a sentar las bases de un principio de la legitimidad del poder alejado de la arbitrariedad guerrera de los bárbaros, buscó de nuevo la defensa y la asistencia de los débiles y continuó su esfuerzo y educativo. Además, suavizó la violencia bárbara implantando las primeras normas

del derecho de guerra –la Paz de Dios y la Tregua de Dios-, supo recibir la cultura de otros pueblos, creó un sistema de pensamiento como la Escolástica y abrió las primeras universidades.

También las principales legislaciones de carácter social recibieron un impulso decisivo de la preocupación cristiana de personas como lord Shaftesbury (que promovió leyes que mejoraran las condiciones de trabajo en minas y fábricas), Elizabeth Fry (que introdujo importantes medidas humanitarias en las prisiones) y otros muchos hombres y mujeres que, gracias al impulso cristiano, superaron las condiciones de su tiempo y promovieron reformas decisivas para humanizar la sociedad.

Es cierto que hubo también páginas tristes y oscuras en la historia de la fe de esos pueblos cristianos, y es verdad también que se cometieron errores, a veces, pero en el curso de esos siglos y de los siguientes, el cristianismo alcanzó grandes logros educativos y asistenciales, y facilitó el desarrollo económico, científico, cultural artístico e incluso político. Causas como la defensa de los indígenas, la contemporánea o la denuncia del totalitarismo difícilmente habrían sido iniciadas sin el impulso cristiano.

El embate de los totalitarismos

No debe por ello sorprender que el siglo xx, coincidiendo con el declinar de la influencia de la fe cristiana en la vida social, haya sido el siglo que ha contemplado un número mayor de encarcelamiento, maltratos y ejecuciones por encima de cualquier otro periodo de la historia.

Es probable que las generaciones venideras tengan dificultad que hubo un tiempo en que la mayor parte del mundo estuvo controlada por una doctrina llamada comunismo que causó la desgracia de sus propios gobernados y que, en su expansión, reduciendo a la esclavitud y a la muerte a centenares de millones de seres humanos. Actualmente, esos sistemas comunistas han fracasado por su falso dogmatismo económico. Pero a veces se `pasa por alto el hecho de que se derrumbaron, de forma más profunda, por su desprecio del ser humano, por su subordinación de la moral a las necesidades del sistema y sus promesas de futuro.

No fue, además, el único peligro totalitario que aquejó a la humanidad en el siglo xx ni el único que consideró al cristianismo como un objetivo; el otro fue el neo paganismo nihilista del que nacerían el fascismo y el nazismo.

Si Marx constituye un ejemplo paradigmático de las tesis que luego seguirían al pie de la letra Lenin, Stalin o Mao, no resulta menos cierto que Nietzsche avanzó una cosmovisión nihilista y anticristiana que luego cristalizaría, entre otros fenómenos, en el fascismo y el nazismo.

-¿Hay realmente una relación tan directa entre lo uno y lo otro?

Nietzsche identifica el concepto de "bueno" con la clase superior. Lo malo corresponde a la plebe, al vulgo, a la clase inferior. A esa moral aristocrática, de los poderosos, de, los fuertes, se contrapone la moral de los débiles, la de la plebe. Afirma que la moral ha sufrido un proceso de corrupción al dejar de estar pergeñada por los señores y pasar a responder a los anhelos de las plebe, y esto se debe fundamentalmente a los judíos y al cristianismo. Frente a esa situación, Nietzsche propone el lanzamiento de las razas nórdicas para implantar socialmente la superioridad de una elite que dominara sin el freno de la culpa, negando la existencia de la verdad y ejerciendo la crueldad sobre los inferiores. Para lograrlo, judíos y cristianos debían ser aniquilados por las razas germánicas. Tales medidas permitirían implantar una sociedad elitista, basada en la desigualdad y la jerarquía, al estilo del sistema ario de castas existencia desde hace milenios en la India. En ella, los más, los mediocres, serían engañados y mantenidos en una ignorancia feliz de la que no debía sacarlos el cristianismo.

Las enseñanzas del filósofo tuvieron repercusiones políticas, en especial desde inicios del siglo xx. El fascismo de Mussolini -que retaba a Dios a fulminarle con un rayo en el plazo de cinco minutos- y, sobre todo, el nazismo de Hitler se sustentaron en buena medida sobre una nueva moral de la minoría fuerte, violencia y audaz, que se imponía sobre una masa engañada. En ese sentido, las afirmaciones ideológicas de Nietzsche y las cámaras de gas de Auchwitz se hallan unidas por una línea recta.

Al concluir el siglo xx, el cristianismo había sobrevivido a dos terribles amenazas que habían puesto en peligro a todo el género humano. Ambas coincidían en negar la existencia de principios morales superiores que limitan el poder y la persecución de sus objetivos; ambas creían en la legitimidad de exterminar social, económica y

físicamente a los que consideraban sus enemigos, fueran burgueses, judíos o enfermos; ambas eran conscientes de que el cristianismo se los oponía ideológicamente como un valladar frente a sus aspiraciones, y ambas intentaron aniquilarlo como a un peligroso adversario.

Tanto la dictadura nazi y como la de Stalin se basaban precisamente en el rechazo de la herencia cristiana de la sociedad, en un enorme orgullo que no quería someterse a Dios, sino que pretendía crear él mismo un hombre mejor, un hombre nuevo, y transformar el mundo malo de Dios en el mundo bueno que surgiría del dogmatismo de su propia ideología.

Hacer balance

Sin duda, la aportación del cristianismo a la cultura occidental han sido enorme a lo largo de sus casi dos mil años de existencia. Sin embargo, solo podemos captar algo de su extraordinaria importancia cuando tratamos de imaginar lo que hubiera sido un mundo sin cristianismo o cuando observamos los resultados obtenidos por otras culturas.

Un mundo que se hubiera limitado a continuar la herencia clásica no solo habría resultado en una sociedad en la que los fuertes y los violentos se sabían protagonistas, sino que habría sucumbido ante el empuje de los bárbaros sin dejar casi nada detrás. Durante varios siglos, los reinos bárbaros hubieran combatido de manera infructuosa entre ellos para no poder sobrevivir al empuje conjunto de las segundas invasiones y del avance árabe, suponiendo que este se hubiera dado sin un Islam cuya existencia presupone por obligación la del cristianismo.

Durante los siglos de lo que ahora conocemos como Medioevo, Europa hubiera sido escena de continuas oleadas de invasores, sin excluir a los mongoles contenidos por Rusia, de los que no hubiera surgido nada perdurable como no surgió en otros contextos. Ni la cultura clásica, ni la Escolástica, ni las universidades, ni el pensamiento científico habrían aparecido, como de hecho no aparecieron en otras culturas. Además, sin los valores cristianos se habrían perpetuado –como así sucede en algunas naciones hasta el día de hoy– fenómenos como la esclavitud, la arbitrariedad del poder político, el anquilosamiento de la educación en manos de una escasa casta tradicional o la ausencia de desarrollo científico.

Basta echar un vistazo a las cultura informadas por el Islam, el budismo, el hinduismo o el animismo –donde siguen considerándose legítimas muchas conductas degradantes para el ser humano-, para intuir lo que podía ser un mundo sin la influencia civilizadora del cristianismo (y eso a pesar de que hoy día hasta la sociedad más apartada puede beneficiarse de aspectos emanados de la influencia cristiana en la cultura occidental, desde el progreso científico a la asistencia social, por citar solo dos ejemplos).

Ya en el siglo xx, el olvido de algunos de los principios básicos de origen cristiano (sobre todo en los regímenes incubados por el marxismo o el fascismo-nazismo) ha llevado a situaciones de una barbarie sin precedentes, una muestra más de que construir el futuro olvidando los principios sobre los que se asienta implica graves riesgos.

Es cierto que los cristianos muchas veces han dejado bastante que desear en el modo de vivir su fe. Con todo, la influencia humanizadora y civilizadora de la fe cristiana no cuenta con un equivalente de ningún tipo a lo largo de la historia universal. Sin la fe cristiana, el devenir humano habría estado mucho más teñido de violencia y barbarie, de guerra y destrucción, de calamidades y sufrimiento; con ella, el gran drama de la condición humana se ha visto acompañado de progreso y justicia, de compasión y cultura.

Un problema de diccionario

Hay católicos que se preguntan qué autoridad tienen la Iglesia para definir qué exige exactamente la moral católica. Dicen que ellos tienen una forma propia de entender lo que significa ser católico, y que no tiene por qué coincidir con lo que digan en Roma.

Si alguien dice que la Iglesia católica no puede definir en qué consiste la fe o la moral católica, lo siento, pero no podríamos llamar católico a quien mantenga eso. Quizá una especie de nostalgia personal esté llevando a esa persona a querer mantener tal título de católico pero –como decía Christopher Derrick- se lo hemos de quitar con la mayor gentileza y caridad, y no porque lo diga el Papa, sino porque lo dice el diccionario.

La religión católica es algo bastante concreto. Se distingue básicamente de los luteranos, ortodoxos o anglicanos, entre otras cosas, en que sigue las enseñanzas

de la sede apostólica, porque ellos interpretan la Sagrada Escritura de otra manera y consideran que la Iglesia es un invento de hombres.

Es quizá la única salía que les queda, pero conduce a algunas contradicciones. Por ejemplo, ya que hablan de la Sagrada Escritura, habría que decirles que allí se lee bastante claro, y en pasajes diversos, que Jesucristo instituyó la Iglesia, que puso a Pedro como cabeza, y que les llevo las llaves del Reino de los cielos. Y consta también que confió a los apóstoles una misión de enseñanza y tutela de la doctrina: id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, enseñándolas a guardar todo lo que yo os he mandado. Al tiempo que les aseguraba que no les dejaría solos –he aquí que yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo–, sino que garantizaría el acierto de sus enseñanzas: todo lo que atares en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desatares quedará desatado en los cielos. Y les dio también poder para perdonar los pecados: a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos. Etcétera.

Como ves, los textos son abundantes y, por otra parte, su autenticidad está notablemente contrastada. Si esas personas dicen aceptar el Evangelio como de Dios, les resultará francamente difícil negar que Jesucristo instituyó la Iglesia, le dio poder para enseñar con autoridad su doctrina, aseguró que estaría siempre a su lado, y que todo lo que atara en la tierra quedaría atado en el cielo. Y los menos que puede deducirse de tales frase es que Jesucristo preservaría a su Iglesia del error en las cuestiones en que, comprometiendo su autoridad, se pronunciara de forma solemne.

Peligrosas simplificaciones

Pues me temo que entonces dirán que no hay tomarse los Evangelios en un sentido tan literal. Que se trata simplemente de entender su mensaje de amor y de paz...

Así es como muchos llegan a reducir los Evangelios a unos simples libros moralizantes de gran interés, a una especie de iniciación a la vida dichosa. Lo cual me parece muy respetable, lógicamente, porque cada cual es libre de pensarlo que quiera, pero sería reducir la figura de Jesucristo a un simple pensador antiguo con una filosofía más o menos atractiva, que lanzó unos mensajes muy

interesantes. Pero eso sería ya propiamente una religión, sino mostrar una cierta predilección por un pensador de la antigüedad.

La Sagrada Escritura –explica Joseph Ratzinger– es portadora del pensamiento de Dios, pero viene mediada por una historia humana, encierra el pensar y el vivir de una comunidad histórica. La Escritura no está aislada, ni es solamente un libro. Sin la Iglesia, le faltaría la contemporaneidad con nosotros, quedaría reducida a simple literatura que es interpretada, como se puede interpretar cualquier obra literaria. El Magisterio de la Iglesia no añade una segunda autoridad a la de la Escritura, sino que pertenece desde dentro a ella misma. No reduce la autoridad de la Escritura, sino que vela para garantizar que la Escritura no sea manipulada.

-Pero esa autoridad eclesial podría también llegar a ser arbitraria.

Así podría suceder, si el Espíritu Santo no iluminase y guardase a la Iglesia. Pero ese velar del Espíritu Santo sobre la Iglesia es una realidad que el propio Jesucristo anuncia en la Escritura.

¿Intransigencia?

“El dogma excluye el debate –decía con cierta solemnidad un conocido personaje–, y la falta de debate excluye el pluralismo de opiniones, que es indispensable para el sano crecimiento de cualquier pensamiento religioso.

La Iglesia –concluía– debería ser menos intransigente y mucho más liberal y pluralista, sobre todo porque necesita adaptarse a las diferentes culturas y a la evidente diversidad que hay en el mundo.

Quizá no sabía esa persona que en el centro de la teología católica hay –además de los dogmas– una multitud de puntos sometidos a debate, con una pluralidad de opiniones enormemente rica y diversa. Cualquiera que lo observe con un poco de perspectiva, podrá darse cuenta de que siempre ha habido –y continuará habiendo– una gran variedad en las cuestiones que requieren una adaptación a lo cambiante de los tiempos o lugares. Son cuestiones sometidas habitualmente a un amplio debate, tanto interno como externo, que la Iglesia no rehúye.

Por otra parte, los dogmas –como señala Frossard– no imponen a la inteligencia unos límites que le estaría prohibido franquear, sino que, más bien esos dogmas

empujan a la inteligencia más allá de las fronteras de lo visible. No son muros, sino ventanas para nuestra limitación intelectual. Son ayudas divinas para poder llegar a verdades a las que la inteligencia, por su limitación (qué le vamos a hacer), no siempre tendría fácil acceso.

La iglesia presenta tan solo un pequeño conjunto de verdades de fe. Pero difícilmente puede imaginarse una iglesia sin verdades de fe.

El católico –explica Christopher Derrick- tiene en su fe en los dogmas una piedra de toque e la verdad. Gracias a ella, puede comparar cualquier afirmación teológica con todo lo que ha venido diciendo sobre eso el Magisterio de la Iglesia dice que esa teoría será con el tiempo uno de los Numerosos caminos cegados o calles sin salida que siembran la historia del pensamiento.

La postura de la Iglesia católica respecto a los dogmas es bien coherente:

- . Las verdades de fe nos adentran en un orden de realidades al que nunca habríamos llegado con nuestras solas fuerzas intelectuales.
- . Esas verdades de fe no quedan cerradas al pensamiento ni a la racionalidad, ni pretenden agotar las posibilidades de conocimiento que tiene el hombre.
- . La iglesia se limita a custodiar esas verdades, porque asegura que las ha revelado el mismo Dios.
- . La iglesia se limita a custodiar esas verdades, porque segura que las ha revelado el mismo Dios.
- . El hombre es libre de prestar o no su asentimiento a esos dogmas, pero debe hacerlo si quiere llamarse católico legítimamente.

A eso se reduce la intransigencia que algunos achacan a la Iglesia católica, y que no es otra cosa que una serena y prudente defensa del depósito de la fe, bien alejada de cualquier intemperancia o fanatismo.

Lo único que reclama la Iglesia es libertad para expresar pública y libremente a los hombres la luz que su mensaje arroja sobre la realidad y sobre la vida.

¿Una institución opresiva y anticuada?

Falta de pluralismo

-Algunos afirman que en la Iglesia hay poco pluralismo, porque se quita de sus puestos a quienes manifiestan honrada y sinceramente su disconformidad con la doctrina oficial.

No dudo que las personas que han sido sancionados por ese motivo hayan llegado de forma sincera a esas opiniones que se apartan del Magisterio de la Iglesia. Y tampoco dudo que las defiendan con honradez. Lo que parece poco honrado es que quieren continuar enseñando esas opiniones no católicas en las iglesias, aulas o catequesis de la iglesia católica.

Un hombre que se ganara la vida como representante de una empresa, una fundación, un partido político, un sindicato, o cualquier otra organización, puede honradamente cambiar de opinión y hacerse sinceramente seguidor de otra empresa, partido o sindicato, y pasar entonces a defender rectamente otras ideas. Lo que no sería nada honrado ni recto es que quisiera seguir como representante de uno apoyando la política de otro (y además cobrando su sueldo de aquel a quien ataca). Cuando la Iglesia católica retira a alguien el permiso para enseñar en su nombre nos hace más que aplicar el sentido común.

-Pero la Iglesia podría ser más sensible a las propuestas de cambio que hacen algunos, incluso desde dentro de la Iglesia.

Me parece que la Iglesia es una institución en la que hay una gran pluralidad de opiniones, y se puede hablar con más libertad que en la mayoría de las instituciones de nuestro tiempo. Pero la Iglesia predica el cristianismo como cree que es, como lo ha recibido de Jesucristo, no como le gustaría que fuera a un colectivo pequeño o grande de una época o de otra.

La Iglesia está vinculada a una herencia que ha recibido, de manera semejante – por poner un ejemplo- a cómo puede estar vinculado un científico a los resultados de sus experiencia. No dice lo que le gusta, sino lo que es.

Está sometido a la verdad.

A la verdad que gusta más.

Y también a la que gusta menos.

Cuando un científico obtiene unos datos experimentales que no concuerdan con una teoría científica admitida en ese momento, eso le obliga a hacer nuevas consideraciones y le encamina hacia nuevos conocimientos. Y la ciencia progresa gracias precisamente a que los científicos no rehúyen ni esconden los fenómenos molestos para su teoría, sino que sacan a la luz esos datos y siguen investigando hasta dar con una solución, se tarde el tiempo que se tarde. De modo semejante, y salvando las distancias al desafío que entrañan algunas verdades cristianas que quizá nos cuesta más comprender o aceptar. Pero un cristianismo que se considera libre de modificar la fe cada vez que le pareciera difícil de entender los datos del laboratorio para ajustar la realidad a su realidad.

¿Son necesarios los dogmas?

-¿Y es necesario que la Iglesia tenga dogmas, y una autoridad y un Magisterio?

¿No bastaría que cada uno procurara vivir lo que dijo Jesucristo y lo que viene recogido en la Biblia?

Lo que dices es la tesis protestante de la sola Scriptura. Sin embargo, si se trata de vivir lo que dice la Sagrada Escritura, convendría tener presente que en ellas se dice con claridad que Jesucristo fundó la Iglesia (por ejemplo, en Mt 16,16-9; Mt 18 18; etc.). Y puestos a dar también algunas razones de orden práctico, cabe añadir que desde tiempos de Lutero han surgido ya más de 25.000 diferentes denominaciones protestantes, y que en la actualidad nacen cinco nuevas cada semana, en un proceso progresivo de desconcierto y atomización. Por eso ha escrito Scott Hahn que una Sagrada Escritura sin Iglesia sería algo parecido a lo que habría supuesto que los fundadores del Estado norteamericano que promulgaron la Constitución se hubieran limitado a añadir una genérica recomendación diciendo “que el espíritu de George Washington guíe a cada ciudadano”, pero sin prever un gobierno, un congreso y un sistema judicial, necesarios para aplicar e interpretar la Constitución. Y si hacer eso es imprescindible para gobernar un país, también lo es para gobernar una Iglesia que abarca el mundo entero. Por eso es de lo más lógico que Jesucristo nos haya dejado su Iglesia, Concilios, etc., todo ello necesario para aplicar e interpretar la escritura.

El prestigio de la Iglesia

-¿Y qué opinas del prestigio de la Iglesia católica?

La situación de la Iglesia católica en el arranque de este milenio reviste un extraordinario interés. Como ha escrito José Orlandis, nunca en la historia había sido tan universal como ahora, por la diversidad nacional y étnica de sus fieles; nunca el Papa había gozado de un prestigio moral tan alto, no sólo entre sus fieles, sino también entre los hombres del mundo entero, que le consideran como la más alta autoridad espiritual. Se trata de un fenómeno sin precedentes, pues los grandes Papas medievales tenían como marco una cristiandad europea, espiritualmente compacta pero de dimensiones muy reducidas. La Iglesia católica aparece hoy con una inequívoca personalidad internacional, con mil millones de fieles, con más de ciento vienten mil instituciones asistenciales y con unas escuelas en las cuales se forman cincuenta millones de estudiantes. Aparece, además, firme y coherente en sus enseñanzas en cuestiones doctrinales y morales, en contraste con la inestabilidad y las ambigüedades de muchas confesiones religiosas, que presentan a menudo la apariencia de naves desarboladas, a merced del oleaje de las modas o de los antojos de sus bases, ansiosas de acomodarse a las preferencias de la opinión pública.

Superar viejos estereotipos

-Hay personas que sienten la necesidad de llenar su vida con algo espiritual, pero rechazan la posibilidad de acercarse a la Iglesia porque consideran que es un montaje opresivo y anticuado.

En bastantes ocasiones, todas esas prevenciones contra la Iglesia se desvanecen cuando se llega a conocerla más de cerca. Cuando se ha estado lejos mucho tiempo, es fácil haber asumido estereotipos que luego se demuestran falsos o inexactos en cuanto se hace el esfuerzo de acercarse y observar las cosas por un mismo y de primera mano.

Se ve entonces que la realidad tiene unos tonos distintos. Que en la Iglesia hay bastante más ejemplares, inteligentes, cultos y que hablan con brillantez. Que la liturgia tiene mayor fuerza y atractivo de lo que creían. Que hay ciertamente un conjunto de normas morales bastante exigentes, pero que son precisamente a mejor garantía que tiene el hombre para alcanzar su felicidad y la de todos. Es más, el hecho de que, pase a la permisividad actual, la Iglesia se niegue a bajar el listón ético, y no ceda a las presiones de unos y otros, es un extraordinario motivo

de admiración y atractivo. La Iglesia no quiere ni puede hacer rebajas de fin de temporada es asuntos de moral para así atraer a las masas, sino que continúa presentando el genuino mensaje del Evangelio. Las rebajas y los sucedáneos cansan enseguida, y la historia está llena de cadáveres que cedieron a la acomodación, a los errores del momento y no consiguieron absolutamente nada.

Cuando se conoce de verdad la Iglesia se desenmascara muchas falsas imágenes.

Se descubre entonces que la moral cristiana no es un conjunto de prohibiciones y obligaciones, sino un gran ideal de excelencia personal.

Un ideal que no consiste sólo en prohibir tal o cual cosa, sino que sobre todo alienta de modo positivo a hacer muchas cosas. Ser católico practicante no es cumplir el precepto dominical, sino algo mucho más profundo y más grande. La fe impone al cristianismo frente a sus responsabilidades ante sí mismo, su familia, su trabajo, ante la tarea de construir un mundo mejor. El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo, ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, por el contrario, les impone como deber el hacerlo. Es cierto que hay malos ejemplos, como cualquiera podría encontrarlos en tu vida o en la mía. Donde hay hombres hay errores. Si en la Iglesia no pudiera haber hombres con defectos, nadie tendría cabida en ella. No es que nos gusten esos errores, que hemos de procurar corregir, pero lo primero que debemos considerar es que la Iglesia está formada por personas como tú y como yo. Bueno, quizá un poco mejores.

¿Son necesarios los Dogmas?

¿No es la Iglesia demasiado dogmática?

- Pero proponer dogmas..., ¿no supone caer irremisiblemente en actitudes dogmáticas?

Hay una gran diferencia entre ser un dogmático y creer firmemente en algo.

Las actitudes dogmáticas nacen de "imponer" dogmas, no de "proponerlos".

La Iglesia se dirige al hombre en el más pleno respeto de su libertad. La Iglesia propone, no impone nada.

Creer es una consecuencia de la natural búsqueda de la verdad en la que todo hombre debía estar empeñado. Por el contrario, ser dogmático – caricatura< del respeto a los dogmas- es lo que ha llevado a algunos hombres a caer en diversos fanatismos a lo largo de la historia, en los que con gran frecuencia se ha utilizado la fe como pretexto, cuando en realidad los móviles de fondo eran muy distintos. Pero sería injusto cargar a los dogmas la responsabilidad de acciones o actitudes de las que los únicos culpables son unos hombres que los malentendieron o manipularon.

-Pero hay cierto descontento en algunos ambientes con respecto a esta posición de la Iglesia, que consideran demasiado firme, incluso un poco radical.

Ese descontento se reduce a ámbitos bastante limitados. Casi todo el mundo entiende que la Iglesia ha de seguir un derecho y mantener un mínimo de disciplina. Una iglesia cuya fe se constituyera como simple equilibrio o agregación de las opiniones de sus miembros, no sería propiamente una iglesia sino un simple lugar de coincidencia de algunas preferencias particulares, una mera asociación privada.

Es cierto que en la Iglesia hay una unidad clara y firme. Pero se trata de una unidad que no excluye el pluralismo, que no nos hace caminar marcando el paso. Una gran unidad compatible con una gran diversidad, capaz de expresarse a través de muchas lenguas, pueblos y naciones, y capaz de incorporar las legítimas tradiciones de muchos lugares.

La Iglesia católica siempre ha tenido presente la diversidad propia de la cultura humana.

Por poner un ejemplo, el prólogo del Catecismo de la Iglesia Católica advierte de la necesidad de adaptar su doctrina, en cada lugar, a diversas exigencias ineludibles, entre las que incluye aquellas que dimanar de las diferentes culturas. Y aunque la adaptación a las culturas exige a veces rupturas con hábitos o enfoques incompatibles con la fe católica –puesto que la Iglesia está en la historia pero al mismo tiempo la trasciende-, subraya siempre los valores positivos de toda construcción cultural.

¿Intolerancia a la Iglesia?

-¿Y no es intolerancia por parte de la Iglesia condenar acciones o actitudes que en algunos casos están socialmente aceptadas, sin atender a las opiniones de quienes las defienden?

Afortunadamente, ser tolerante no es compartir en todo la opinión de los demás. Entre otras cosas, porque esa sería una forma bastante segura de volverse loco en poco tiempo.

Ser tolerante tampoco es dejar de mantener las propias convicciones porque estén poco de moda. De hecho, hacer eso sería también una buena forma de acabar pronto sin ninguna idea propia dentro de la cabeza.

Ser tolerante es reconocer y respetar a los demás su derecho a pensar de otro modo. Y la Iglesia lo hace.

Por otra parte, la tolerancia y el respeto al legítimo pluralismo, nada tienen que ver con una especie de relativismo que sostuviera que no existe nada que se considere intrínsecamente bueno y universalmente vinculante.

Si no hubiera cosas que están claramente mal. Y que no deben tolerarse, nadie podría, por ejemplo, recriminar legítimamente a Hitler el genocidio judío.

No hay que olvidar que ese genocidio se perpetró dentro de los amplios márgenes de la "justicia" y la "ley" nazis, establecidos a partir de unas elecciones democráticas que se realizaron de forma correcta. El problema es que si no hay referencia a una verdad objetiva, los criterios morales carecen de una base sólida, y tarde o temprano se produce una confusión acerca de lo que está bien o está mal. Entonces, la verdad acaba quedando en manos del poder. La sociedad queda a merced de quienes tienen el poder de crear opinión e imponerla a los demás. Si faltan referencias permanentes, basta una serie de intervenciones en los principales medios de comunicación para producir la impresión de que el sentir popular reclama una cosa u otra, y que todos han de adaptarse a eso.

Por otra parte, y como ha señalado Giacomo Biffi, a quienes piensan que la Iglesia es poco tolerante habría quizá que recordarles que la realidad histórica de la intolerancia, manifestaba trágicamente como la matanza en masa de inocentes, entra en el acontecer humano precisamente con la irrupción política de la razón separada de la fe, con la llegada de la Ilustración. El principio de que es lícito

suprimir colectivos enteros de personas por el solo hecho de ser consideradas un obstáculo para la imposición de determinada ideología, fue aplicado por primera vez en la historia en 1793, con el genocidio de La Vendée contra los campesinos católicos. Y los frutos más amargos de esa semilla se han producido en el siglo xx –el siglo más sangriento que se conoce-a manos de totalitarismo ateos, con la masacre de los campesinos rusos por parte de los bolcheviques, con el genocidio nazi, las matanzas de camboyanos llevadas a cabo por los comunistas, etc.

Admito que las sociedades con fundamentos cristianos sean efectivamente más tolerantes que las ateas, pero de la tolerancia personal de los cristianos no estoy tan seguro...

De la virtud de cada cristiano yo no puedo responder, pero pienso que las personas con convicciones religiosas arraigadas caen más difícilmente en actitudes intolerantes. Por aportar un dato significativo –aunque es solo un ejemplo- , un sondeo Gallup realizado recientemente en USA para la revista First Things, en el que se establecieron doce grados para medir la religiosidad, señalaba que el segmento de población considerado más religioso (el llamado highly spiritually committed, que alcanzaba el 13% de la población) corresponde a “las personas más tolerantes, más inclinadas a realizar actos caritativos, más preocupadas por la mejora de la sociedad, y ,más felices”.

En cualquier caso, la Iglesia no tiene culpa de que haya algún que otro católico más o menos intolerante. Eso son cosas de la vida, no de la Iglesia.

¿Por qué hace proselitismo?

-La Iglesia dice que no puede haber una adhesión libre, pero luego hace proselitismo. Y eso algunos lo entienden como una violencia, puesto que es querer llevar una doctrina a quien no ha pedido nada.

Si fuera válida esa argumentación, habría que prohibir también la publicidad, porque ofrece cosas que no se han pedido. Y llevada a su extremo, podría acabar con buena parte de la libertad de expresión.

El apostolado cristiano es dar testimonio de lo que uno considera que es la verdad, sin violentar a nadie. No es, de ninguna manera, una persecución ni una

imposición solapada. La Iglesia respeta las personas y las culturas, y, en fase de Juan Pablo II, se detiene ante el sagrario de la conciencia.

La verdad cristiana no debe imponerse más que por la fuerza de la misma verdad.

¿Por qué impone sanciones a teólogos?

-Entonces, si la verdad cristiana no debe imponerse, ¿cómo explicas que la Iglesia siga imponiendo sanciones a teólogos que mantienen posiciones demasiado “renovadoras”?

La Iglesia católica no obliga a ninguna persona a creer en nada. Lo que pasa es que algunos se han empeñado en presentar sacerdotes y teólogos que pretenden seguir diciendo, desde puestos oficiales de instituciones eclesiológicas, cosas que no son de ninguna manera conciliables con la teología católica.

Cualquier persona, sea o no creyente, entiende que la Iglesia –como cualquier otra institución que no quiera acabar en la más lamentable de las confusiones- debe asegurar que las personas que la representan expresan con fidelidad su doctrina. Y aunque esa doctrina es compatible con la evidente multiplicidad del pensamiento cristiano, hay cosas que no son pluralidad sino contradicción.

Dentro de la misión de la Iglesia está verificar si una línea de pensamiento o de expresión de la fe pertenece o no a la verdad católica. Y mantener esas garantías exige un derecho, y una autoridad que juzgue conforme a él y que luego se ocupe de aplicar sus decisiones.

Y hay que decir que los procedimientos judiciales de la Iglesia son muchos respetuosos y contemporalizadores que los que se emplean en el mundo judicial civil. No hay más que leer el Código de Derecho Canónico para ver que la Iglesia no es una institución sometida a lo arbitrario. Se respeta enormemente el derecho de las personas, y eso aun a costa de incurrir a veces en cierta lentitud.